

TEXTO

«Hay ocasiones en que nada es menos elocuente que lo llamado elocuencia; porque hay pensamientos cuya vehemencia se pierde con la palabra, y no pueden expresarse sino con ayes profundos y silenciosos, y no pueden escribirse sino solo con lágrimas [...]. ¿Qué haría, pues, la Virgen en tan terribles angustias? ¿Qué diría a su Hijo cuando lo contemplaba con tan amarga pena? Con palabras nada le podía decir porque el dolor no le dejaba mover su lengua bendita. Mas con corazón amoroso y dolorido hablaría con su Hijo amado y le diría con amargura: Hijo mío de mis entrañas, ¿qué es lo que veo ahora?; ¿eres tú aquel que formaba todas mis delicias?; ¿es tu cuerpo afeado aquel espejo divino en que yo me miraba contemplando llena de gozo tu hermosura? [...] ¡Hijo mío, Hijo mío, a tu madre ya no miras! Hijo mío, ¿no me hablas? ¿No son esos los dulces labios de los que salía el consuelo para todos los afligidos? Pues, ¿cómo a mí no me consuelas? ¿Cómo no me dices ni una palabra sola?» (Sermón sobre la soledad de la Virgen).

Este Boletín se distribuye gratuitamente.
Quien desee recibirlo puede solicitarlo a:

VIDA SOBRENATURAL
Convento de San Esteban
Apartado 17
37080 – Salamanca

E-mail: vidasobrenatural@fatse.org
Tel: (923) 21 50 00

Si desea ayudar, con su limosna, a sufragar los gastos de edición de esta publicación puede hacerlo por giro postal o transferencia bancaria a la c/c nº **0182- 3726- 11-020-050062- 9**, del **BBVA**.

Biografías sobre el P. Arintero

- A. ALONSO LOBO, *El P. Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1970 (10 €, más gastos de envío).
A. BANDERA, *El P. Juan G.-Arintero. Una vida de santidad*, Salamanca 1992 (35 €, más gastos de envío).
M. A. MARTÍNEZ, O.P., *El P. Arintero, «restaurador de la Mística en España»* (Celebraciones vivas de los santos 65), Burgos 2004, 48 pp. (3 €, más gastos de envío)

Están disponibles estampas y devocionarios del *Amor Misericordioso* y de *María Mediadora*.

P. Juan G. Arintero, O.P.

–Apóstol del Amor Misericordioso–

Boletín Informativo

Año V –nº 15–Septiembre-Diciembre 2010

Causa de Canonización

Promotor: Fr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

«*Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen*» (P. Arintero).

EDITORIAL

El P. Arintero como predicador

El P. Arintero perteneció a la Orden de Predicadores, que no fue fundada con otro objetivo que el de la «salvación de las almas». El mismo santo Domingo de Guzmán ordenó que sus frailes se comportasen en todas partes «honesta y religiosamente, como quienes desean conseguir su propia salvación y la de los demás; y sigan, como varones evangélicos, las huellas del Salvador, hablando con Dios o de Dios en su propio interior o al prójimo» (*Constitución fundamental* § II).

La oración, el diálogo con Dios, o incluso la contemplación de su misterio, preparan al dominico para el ejercicio de la predicación, sin olvidar que ese ministerio es la herramienta más adecuada para alcanzar el objetivo y la meta de toda esperanza: la salvación.

Como predicador, Arintero no destacó por sus cualidades oratorias, más bien todo lo contrario. La naturaleza no le había dotado de un bello timbre de voz; sus problemas de audición, que comenzaron a manifestarse hacia los 14 años también constituían un obstáculo. Tampoco su presencia era de las que atraen. Su primer biógrafo llega a decir a este respecto que «carecía de un timbre de voz bien templada y varonil, resultando como aniñada y aún desafinada en sus inflexiones, con cierto tonillo un poco ingrato [...], acción monótona y mal dominada, articulación de palabra y sílabas, menos rotunda y correcta; y acaso otros defectos exteriores, en buena parte originados por su falta de oído».

Carecía también de sentido poético y de todo artificio retórico capaz de dejar al auditorio atónito con deslumbrantes párrafos e imágenes cargadas de fantasía. Con estos impedimentos, Arintero no podía aspirar a ser un orador de moda.

Su estilo oratorio era un fiel reflejo de su persona modesta y transparente por naturaleza.

Sus tareas de profesor no le permitían tampoco ejercitarse con frecuencia en el ministerio de la predicación entendida en sentido estricto.

Arintero predicaba de vez en cuando en el convento y cuando el Prior le encomendaba ir a predicar a los pueblos, sobre todo durante la Semana Santa. Pero sus sermones no eran deslumbrantes desde el punto de vista de la retórica.

Consciente de todas estas dificultades su primer biógrafo persiste en afirmar que Arintero fue un excelente predicador, «porque tenía, sobre todo en sus últimos veinte, o veinticinco años, lo que tanto escasea en la predicación, lo que vale por todo y con nada se suple: alma apostólica y copiosísima ciencia sobrenatural, sobreabundancia de amor de Dios, y celo por la santificación de las almas».

Su primer biógrafo continúa diciendo: «No importa que en la expresión haya defectos humanos cuando el espíritu, cuando lo divino prevalece y triunfa. ¿Qué perdemos porque el arcaduz sea de barro y no de oro, si nos transmite el agua que salta hasta la vida eterna? ¿De qué se trata? ¿No es, por ventura, de convertir almas? ¿No es la palabra de Dios para inflamarlas y divinizarlas? Pues ese don lo tuvo, como pocos, el P. Arintero [...]. ¿Qué importa que no pasara por gran predicador, si lograba los triunfos y más reales frutos de la verdadera predicación?»

Sin duda su predicación no logró convertir a todos los que le oyeron, pero tuvo el don de iluminar y orientar a quienes le escuchaban con un corazón sincero y sencillo.

Arintero fue ordenado de sacerdote el 22 de septiembre de 1883 de 1883, a los 23 años de edad. El día 29 de ese mismo mes celebró la primera misa, y predicó un sermón sobre el rosario como medio de avivar la fe. Al poco tiempo predicó también los ejercicios espirituales a la comunidad de monjas dominicas del convento de las Dueñas de Salamanca. Las charlas de esos ejercicios están publicadas. Respecto a estas charlas nos dice su primer biógrafo: «Es acaso el mejor índice de sus ya bien sólidas ideas y sentimientos religiosos por aquel tiempo y como semillero de su luego tan espléndida floración y fructificación doctrinal y espiritual, elocuente prelude de aquella celestial doctrina

que en su larga vida había de prodigar tan a manos llenas en tantos otros conventos».

También predicó en la iglesia de San Esteban de Salamanca el panegírico de San Andrés Apóstol y algún sermón más. El 27 de enero de 1884 su primo también dominico, el P. Juan González, que estaba estudiando alemán en Viena, le envió una carta en la que, con mucho humor, le dice así: «Mi querido primo: Me alegro mucho de que *hagas furor*, como dicen por ahí, con tu predicación; pero no te cargues tanto que tires la carga».

Arintero ejerció su ministerio sacerdotal durante cuarenta y cinco años. Los treinta últimos, y especialmente los veinte últimos los dedicó a difundir el Reino de Dios en las personas hambrientas y sedientas de justicia y amor, tanto de viva voz como a través de sus escritos.

En la celda en que murió el P. Arintero se conserva un tomo de *Sermones, pláticas y croquis*, mecanografiado, de unas 665 páginas. Comienza con las pláticas de los primeros ejercicios espirituales predicados, y concluye con un *Breve tratado sobre la Venerable Orden tercera*.

Oración (para uso privado)

Padre lleno de amor y Dios de infinita misericordia, acuérdate del celo ardiente que abrasaba a tu hijo *Juan González Arintero* por dar a conocer el Amor Misericordioso de tu Divino Corazón, y concédeme por su intercesión la gracia que humildemente te pido como signo de tu voluntad de glorificar al que tanto trabajó para que en todo el mundo fuese *conocido, amado, imitado y ofrecido* tu amado Hijo Jesús como Amor Misericordioso. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Pídase la gracia que se desea alcanzar...

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Comunique las gracias y favores recibidos

N.B. De conformidad con los decretos de Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.